

INTRODUCCIÓN

Ante la posibilidad de abrir un diálogo que se vuelva permanente con pares y con redes del ámbito académico e investigativo, *Qvadrata. Estudios sobre Educación, Artes y Humanidades* ha asumido la responsabilidad y la consigna de contribuir a la generación de espacios de debate que son propios de este tipo de plataformas, no sólo sumando diversas voces en cada uno de sus números, sino también dándole a cada una de sus ediciones un giro que le permita alcanzar tal divisa.

En el entendido de que la dialéctica *sujeto-sociedad* es uno de los aspectos que deberemos atender y contemplar en estos menesteres, conforme sea necesario iremos dando relieve a este asunto en particular, subrayando siempre la necesidad de dar cabida a las participaciones que diseccionen, con las herramientas de quien hace investigación en el campo de las humanidades¹, las temáticas y problemáticas que al respecto sean abordadas, y sin pretender agotar los debates que en función de ello se lleven a cabo.

Pensar nuestras sociedades como aquellas que han dado en construir entornos donde muchas problemáticas se han convertido en prácticas normalizadas, nos posiciona ante la apremiante, pero cuidadosa tarea de la que debemos formar parte: coadyuvar en el proceso de visibilización de las mismas. Por todo ello, resulta fundamental entender dónde está situado cada uno de los elementos de esta ecuación dialéctica; ¿dónde está el *sujeto* con respecto a las problemáticas? ¿Cuál es su rol o su lugar en ellas? ¿En qué medida el entorno en el cual se inserta -dígase sociedad o llámese cultura- lo afecta o es afectado por él en el ejercicio de estas prácticas/problemáticas? Interrogantes, todas éstas, que en forma prioritariamente implícita, se atienden a través de las colaboraciones que enriquecen y conforman *Qvadrata*.

Nuestra posibilidad de ubicarnos, como especie consciente y como *agentes culturales*, en el mundo, y la consecuente construcción simultánea de éste -toda vez que, vía conciencia, desplegamos nuestro ejercicio existencial-, son dos factores que se nutren de distintos lances y sus respectivas repercusiones. Cada una de las rutas

1. Entendiendo que las humanidades, bajo una acepción general, abarcan también la educación y las artes.

abiertas para dar seguimiento a esta tarea constituyen derroteros disímiles pero también complementarios. El abordaje racional, cuya primacía se desdibujó considerablemente con el advenimiento y la consolidación de la posmodernidad, ha tenido que aprender a coexistir y dialogar con enfoques y acciones de índoles diversas, pero de igual importancia y trascendencia, en la construcción de lo que solemos llamar *sujeto*.

Partiendo de la base que constituye la multiplicidad de factores inmiscuidos en el *acontecer* del *sujeto*², el ser humano se ha visto obligado a colocarse, desde hace algunas décadas, en el entorno de la complejidad, fenómeno que se levanta a partir de la interacción entre las diferentes pautas tendientes a definir la orientación que rige la conciencia. Uno de los entornos donde ésta suele ejercerse es el de los afectos. Ahí donde el *pathos* se erige como el punto axial para explicar e interpretar la *realidad*, se nos delinea, entre muchas otras, la posibilidad de vincularnos al *mundo* a través del *sentido de pertenencia*. Dada la importancia de este *sentido*, el desenvolvimiento del mismo -ya como inercia, ya como égida para definir posturas y acciones-, puede también entenderse como el ámbito desde el cual es dable estudiar, interpretar y reinterpretar algunos fenómenos que nos atañen cuanto más se actualizan y se problematizan en función de un contexto histórico cambiante y vertiginosamente volátil. De ahí que conceptos y fenómenos tales como *comunidad*, *crisis*, *salud* -principalmente-, constituyan un marco conceptual en función del cual uno de los artículos de este número de *Quadrata* aborda el tema mencionado: *el sentido de pertenencia*.

La manera en que este tema/fenómeno se conforma como parte de la explicación de una problemática que se estudia en un contexto académico-estudiantil muy específico, devela la relevancia de su naturaleza en cuanto a lo que enfoque del *sujeto* para explicar la realidad se refiere.

Para los(as) autores(as) del texto en cuestión, está claro cómo aquello que se nos presenta como el factor *crisis de la civilización* viene a ser un detonante para problematizar el *sentido de pertenencia*, por lo que hacen de ello el eje que permite articular su argumentación. Ante toda crisis, el apego emocional a la comunidad puede erosionarse o mutar, y esta afectación, a su vez, generar una impronta donde sea factible descifrar los elementos del código simbólico-cultural que dan cuenta de la complejidad del problema.

2. *Acontecer* del sujeto: hecho que solemos denominar *subjetividad*.

Otro de los aspectos que integran la *conciencia fundamento del sujeto*, es el de las nuevas perspectivas de la *corporeidad*, entendida ésta como un sistema en el cual se alojan y articulan distintas particularidades que en su interacción contribuyen a la conformación de las generalidades; estas últimas se nos presentan como entornos o *espacios* donde arraigan fundamentos de algunos de los distintos conceptos que han contribuido a la construcción de discursos. Visto así, la corporeidad deviene de la conciencia sobre el cuerpo; lo *corporal* o la *corporalidad* como una primera instancia para pensar el cuerpo en su calidad de *materia*, se ve superada toda vez que se le contempla como un sistema cuya función, que vas más allá de su condición física, da paso a una nueva *ontología del cuerpo*.

Pensar al *sujeto* no sólo en relación con el *cuerpo*, sino en función de él, a partir de él, implica por tanto revisar críticamente el rol que se le ha asignado a éste desde una concepción reduccionista, al grado que su ponderación principal se da de acuerdo con su capacidad icónica, esto es, con su potencial para reproducirse en imágenes donde el *sujeto* se oculta detrás de la *persona*.

No es gratuito que en un contexto como el actual, donde el predominio de la imagen visual ha traído consigo una especie de culto a la *personalidad*, esta situación sea vista como una problemática urgente de revisar, y así tal cual sea recogida por uno de los artículos del presente número de *Quadrata*. Ahora bien, en lo tocante al término *personalidad*, es necesario precisar que al hacer mención de él, no se trata de cualquier tipo de *personalidad*, sino de una que está indefectiblemente vinculada a su capacidad de reproducción icónica, no en balde, como se reproducen los objetos en masa a través de su fabricación o manufactura en una sociedad de alto consumo con elevadísima demanda de éstos. Una demanda que, es sabido y consabido, se disparó -en el caso de la *imagen corporal*- exponencialmente con el uso de las redes sociales, donde la fotografía digital ha deconstruido al *cuerpo*, mutándolo en algo distinto respecto a como lo conocimos durante épocas completas. El divorcio entre *corporeidad* y *corporalidad* se nos ha manifestado ya como una brecha tan evidente como sutil. Esta paradoja de admitir simultáneamente ambos conceptos, ambos calificativos en una misma aseveración, radica en la muy amplia separación que se da entre *corporal* y *corporeidad*, subordinando la segunda a la primera, al grado de casi nulificarla; mientras que lo que esta problemática representa e implica en calidad de factor de crisis cultural, se minimiza y se soslaya; es decir, se torna en ciertos enfoques, apenas visible, y es gracias a esa escasa y diminuta visibilidad, que se constituye en un espejismo propio de nuestro apego o culto a la imagen del cuerpo tal y como se da a través de las redes sociales.

Como un hilo temático conductor, aparece en *Qvadrata* otro texto que expone con rigor académico y puntual insistencia lo que se denomina en dicho artículo *violencia publicitaria de la moda*, fortaleciendo no sólo las tesis o argumentaciones anteriores, sino también ahondando en una revisión crítica sobre una particular práctica del mercado, misma que se plantea como una forma de ejercer la violencia a partir de la *crisis civilizatoria* que trae consigo el hecho de la nulificación de la *corporeidad* del *sujeto* mediante cierto uso de la imagen publicitaria.

Como puede constatarse en los contenidos de este número, nuestro trabajo editorial se trata, por tanto, no exclusivamente de un *diálogo* entre textos de diferentes autores(as), sino también del posicionamiento de una postura y de un discurso críticos con los que *Qvadrata*, en calidad de revista académica, está comprometida.

Atendiendo a las inquietudes que se desprenden del perfil de la revista, hemos sumado también otros textos del campo de las humanidades que favorecen la revisión de conceptos de áreas específicas, y que al hacerlo, no se quedan sólo en la revisión del entramado conceptual, sino que participan de un posible replanteamiento de los ámbitos a los cuales se circunscriben.

Por un lado, contamos con un material que ayuda a redefinir el enfoque de recepción de la obra de Gabriela Mistral, dándonos la oportunidad de acercarnos a una parte poco divulgada de su poesía, en la cual poderosas imágenes vitales, que no han sido difundidas con la misma frecuencia con la que se ha editado su trabajo más conocido y más convencional, nos permiten estar al tanto de una autora cuya concepción del texto poético era más *contemporánea* de su época -y por ende más universal- de lo que uno pudiera sospechar atendiendo solamente a lo que el criterio editorial predominante durante décadas nos ha permitido, con evidente parcialidad, leer de ella. Su *contemporaneidad* se construye, así -según descubrimos a través de este artículo-, en función de su capacidad para ahondar en un manejo del lenguaje que le permite *tocar* con auténtica y sincera *actitud poética*, el denso *acervo emocional humano* que subyace en ella; desde su individualidad se dibuja en su quehacer literario un sentir *meramente humano*, general, colectivo; hallamos, entonces, a una autora muy distinta a la que nos han dado a conocer años de trabajo editorial; una poeta que, a la luz de ciertos rasgos culturales de su época -rasgos predominantemente masculinos-, llega incluso a resultar transgresora, toda vez que lleva a cabo un ejercicio poético al margen del que más se difundió de ella con la evidente intención, sostiene la autora de este artículo, de subordinar su obra a los criterios de un mundo editorial eminentemente masculino.

Otro de los artículos de este número se aventura en el análisis de textos medievales anglosajones que refieren el *problema de la espiritualidad*, como elemento cultural del contexto del cual emanan. El desarrollo de este apartado se da en función del estudio de los recursos poéticos de los textos considerados para tal empresa, principalmente el *ritmo*, rasgo que fundamenta cada obra analizada de acuerdo con sus propias características literarias. De forma inherente al fenómeno literario que engloba la producción poética de la época a la cual alude el artículo, las condiciones históricas de índole política juegan, según los investigadores, autores de esta colaboración, un papel definitivo en la conformación de los textos. Con la intención expansionista de los pueblos que se dieron a la tarea de la creación de las obras abordadas en este artículo, se consolidó un sentido *épico* y bélico de las culturas inmersas en esta tarea. Esto trajo consigo la búsqueda de recursos poéticos que permitieran la posibilidad de *contagiar*, mediante sus textos poéticos, un sentido de arraigo que se asentara a través de un tono grandilocuente, lo que, por su parte se traduce en la necesidad de un ritmo poético específico. Esta *epicidad* y esta *grandilocuencia* utilizadas como recursos del texto poético se construyen de acuerdo con los sistemas de tradiciones y creencias que dan pie a las explicaciones *cosmogónicas* del mundo y que caracterizan a los pueblos y a las culturas de donde surgieron dichas obras literarias. Su explicación mágica y sagrada de la realidad, nos dicen los investigadores, ayudaron a revestir de un enfoque y un tratamiento *espiritual* los textos poéticos de carácter *épico* e *histórico* que son motivo de estudio para esta investigación.

Por tanto, propósito de los textos poéticos estudiados, tradición y visión cosmogónicas de los pueblos que dieron pie a estas obras, así como afanes expansionistas de dichas culturas, generaron un ritmo literario específico que fundamenta una *visión espiritual del mundo*.

Un sexto artículo de este número de *Qvadrata*, desarrolla, a partir de un lenguaje metafórico y analógico, una reflexión puntual y rigurosa de los orígenes de la *metafísica* como disciplina filosófica. Para ello, rastrea en la tradición del *mito* aquellas pautas que pueden auxiliar en una tarea de esta envergadura, apoyado en el entendimiento del porqué, para los ilustrados, fue menester plantearse un distanciamiento con respecto a la raigambre de corte *mítico*.

No obstante, al darse la oportunidad de rescatar el fundamento *mítico* de la metafísica, nos es permitido entender -de acuerdo con el autor de este texto académico- cómo, desde su genealogía, este ejercicio filosófico se constituyó en una alternativa a su pariente no tan lejano, el *mito*, al surgir de la visión de la realidad que éste construyó.

Uno de los grandes alcances de este artículo, es sin duda su capacidad para atender a la pluralidad de perspectivas ya inherentes de origen en la filosofía como disciplina, esto sin abandonar el rigor filosófico; pluralidad que se nos presenta, de forma implícita, como rasgo necesario e ineludible para llevar a cabo todo diálogo que el estudio filosófico trae consigo.

Para cerrar este número, *Qvadrata* tiene incluida una reseña del libro *Cultura y Violencia. Reflexiones en torno a la alteridad, marginación y la justificación de la violencia*, de José Carlos López Iracheta. Sinopsis que nos permite valorar la vigencia de un texto cuyo rigor filosófico y antropológico descubre, parte por parte, algunas de las condiciones que preceden a uno de los estadios de crisis por el cual atravesamos: el de la *violencia*.

Si bien la *violencia* adquiere una serie de formatos que le permiten instaurarse en las sociedades que acusan episodios de *crisis de civilización*, el reseñador nos recuerda que, en consonancia con lo que el autor del libro referido señala, los diversos procesos que la conforman, pueden presentar una serie de denominadores comunes, la más de las veces vinculados a procesos de índole meramente cultural.

La estructuración de este número de *Qvadrata* ha privilegiado un sentido prioritariamente *crítico*, atendiendo a la acepción más directa del término, pero no por ello la más fácil de abordar, y mucho menos la más superficial. Es entendible que uno de los posicionamientos del *sujeto* ante la *realidad*, una vez que *da juego* a la *conciencia*, sea el de la visión *crítica*, entendiendo por esto el cuestionamiento incisivo y detallado de aquellos aspectos que han devenido en elementos erosionables, dañinos o al menos paradójicos de la sociedad y la cultura.

Sabedores y sabedoras de los retos que una revista de investigación académica debe asumir, nos hemos dado a la tarea de abrazar tal empresa con la firme convicción de que estamos contribuyendo a la reflexión y al aporte de discursos que, a la postre, podrían traducirse en prácticas o complementos de políticas cuyo impacto en la sociedad será tan asertivo como riguroso es el análisis que vertebra los contenidos de nuestra revista. Toda sociedad que actúe en beneficio de sí misma, primero ha de aprender a mirarse sin el embeleso de Narciso. ■

DR. JORGE ALAN FLORES-FLORES
DIRECTOR DE QVADRATA